



Randall, Margaret (edición y traducción). *Only the road. Solo el camino. Eight decades of Cuban poetry*. Durham and London: Duke University Press, 2016.

La escritora, fotógrafa y profesora Margaret Randall nos presenta esta antología de las ocho últimas décadas de poesía cubana añadiendo al trabajo de selección de toda recopilación una ingente labor de traducción que ella misma considera “un complejo esfuerzo” y, específicamente en poesía, un balance entre “la integridad del poema original y la producción de algo artísticamente efectivo” (p.1).

El trabajo de Randall parte –como ella misma señala en su introducción– de su propia labor como poeta y de su experiencia vital en Cuba por más de diez años. La investigadora ha querido recoger la poesía cubana más representativa de las últimas décadas donde se aprecia una heterogeneidad tanto de autores como de tendencias y en la que se aúna la poesía de “dentro” y la poesía de “fuera” en un intento de unir ambas como parte de un conjunto único, algo que anuncia el propio título del libro “Solo el camino”, fragmento de una composición de Cleva Solís donde la voz poética concluye con la afirmación “Existe solo el camino, el camino” (p.98).

La antología comienza con una introducción en la que la autora repasa los distintos grupos que han articulado la historia de la literatura cubana en el siglo XX: los aglutinados en revistas como *Orígenes* y *El Caimán Barbudo*, y otros como Ediciones El Puente –que tuvo especial interés en dar a conocer voces marginales e ignotas– o Ediciones Vigía –publicación independiente de libros hechos a mano en ediciones limitadas–. Sin embargo, la escritora elide al grupo de *Revista de Avance* y su impacto en la vanguardia cubana y tampoco incluye en la antología a destacados miembros de El Puente como José Mario. También se destacan en dicha introducción momentos tan relevantes y controvertidos en la historia de la literatura cubana como el caso Padilla (y su repercusión en la intelectualidad latinoamericana y europea) o el oscuro periodo del Quinquenio Gris –en realidad, más cercano a quince años que a cinco–. Poniendo un especial interés en la expansión cultural que supuso la Revolución Cubana de 1959, la autora rememora las actividades literarias en las que estuvo involucrada durante este periodo sin dejar de mencionar la represión y cesura ejercida en la isla desde los primeros años de la revolución. Sin embargo, la gran ausencia de esta antología es la figura de Reinaldo Arenas, autor esencial como poeta y contrarrevolucionario que continuó la poética de la negatividad de Virgilio Piñera y que junto a otros autores también omitidos –como Juan Abreu– fundó en los años ochenta una de las revistas más relevantes del exilio cubano, *Mariel*.

La antología sigue un orden cronológico, comienza con dos autores nacidos en 1902 –Nicolás Guillen y Dulce María Loynaz– y finaliza con una autora nacida en 1981 –Anisley Negrín Ruiz–. Randall ha elaborado una nota biográfica para cada

uno de los escritores –basadas muchas veces en las entrevistas que ella misma les realizó o en recuerdos personales– en la que se resaltan aspectos tanto biográficos y anecdóticos como literarios. Al final de la recopilación la autora añade una sección bibliográfica donde señala el origen de cada una de las composiciones literarias seleccionadas, publicadas tanto en revistas como en libros.

El conjunto del libro refleja las distintas tendencias que han conformado la historia de la poesía cubana del siglo XX: la poesía *negrista* de Nicolás Guillén – poeta nacional cuya composición “Piedra de horno” fue encontrada en la mochila del Che cuando fue asesinado en Bolivia–; el intimismo de Dulce María Loynaz; el neobarroco de José Lezama Lima –“exuberante y profundamente intelectual” (p.57)– frente al malditismo y subversión poética de Virgilio Piñera; el origenismo Eliseo Diego y Cintio Vitier; la poesía política y comprometida de Félix Pita Rodríguez –quien tradujo al español una selección de la poesía de Ho Chi Minh–, Pablo Armando Fernández y Roberto Fernández Retamar; la poesía de resistencia de Heberto Padilla; el homoerotismo de Antón Arrufat –cuya producción literaria fue silenciada por más de una década– y su contrapartida femenina en Laura Ruiz Montes y Anisley Negrín Ruiz; el neovanguardismo de José Kozer; la poesía desesperada de Ángel Escobar y Raúl Hernández Novás –la desconexión con el mundo exterior viene representada en su verso “Me está vedado el reino” (p. 290)–; o la poesía del exilio de Lourdes Casal –cuyos versos “Exilio / es vivir donde no existe casa alguna / en la que hayamos sido niños” (p. 202) expresan el despojamiento de dicha experiencia– y Magali Alabau –quien en su poema “Volver” la voz poética se pregunta con angustia “dónde, vida, me mandabas, / a qué cuarto, / a qué antro” (p. 268)–. La autora incluye a poetas relacionados con el campo artístico y visual como Samuel Feijóo o José Pérez Olivares y con el ámbito musical como Omar Pérez López –de quien cuenta que ha sido considerado hijo del Che Guevara–; entre los escritores de origen no cubano pero que residieron en Cuba se incorporan a Fayad Jamís (mexicano y también pintor), Basilia Papastamatíu (argentino) y a Noberto Codina y Alex Fleites (venezolanos); por último, también tienen un lugar destacado en la antología aquellos autores que han emigrado de la isla como Víctor Rodríguez Núñez, Ramón Fernández-Larrea o Alberto Rodríguez Tosca.

Especial interés suscita en Margaret Randall la poesía escrita por mujeres, en muchas ocasiones marginada y relegada al olvido y que la propia autora recuperó en su libro *Breaking the Silences: 20th Century Poetry by Cuban Women* (1982). Veinticinco poetas de los cincuenta y seis autores incluidos en la antología son mujeres: entre ellas, grandes poetas reconocidas como Dulce María Loynaz –de la que se incluye un único poema, “Canto a la mujer estéril”–, Fina García Marruz – poeta origenista para la que la poesía es “el lugar donde la vida ocurre” (p. 127), Reina María Rodríguez –autora de gran profundidad y estilo confesional– o la intelectual y revolucionaria Mirta Aguirre; y otras como Carilda Oliver Labra – quien cultiva una poesía conversacional y erótica–, Nancy Morejón, Georgina Herrera y Excilia Saldaña –cuyas poéticas se centran en las temáticas de raza y el género–, Belkis Cuza Malé –fundadora en el exilio junto a su marido Heberto Padilla de la revista *Linden Lane Magazine*–, Mirta Yáñez y Marilyn Bobes –cuyas obras se enfocan también en temas feministas–; autoras que viven en la isla como Minerva Salado, Lina de Feria, Soleida Ríos y Caridad Atencio, y aquellas que

emigraron como Damaris Calderón, María Elena Hernández, Alessandra Molina y Milena Rodríguez Gutiérrez.

Aunque toda antología presupone un trabajo de selección exhaustivo en el que también se pone en juego la subjetividad y a falta de la inclusión de poetas esenciales –como Reinaldo Arenas, José Mario, Lourdes Gil, Isel Rivero o Antonio José Ponte–, la recopilación de Margaret Randall cumple su objetivo de presentarnos un panorama poético heterogéneo de dentro y fuera de la isla en el que se aúnan “cuerpo y mente, política y humanidad, historia y memoria” (p. 19) y cuyos autores dialogan intertextualmente unos con otros preservando su unicidad y, al mismo tiempo, bebiendo de la tradición anterior y conformando un tejido literario que engloba ese solo “camino” que recorre la historia de la poesía cubana.

Ana Casado Fernández  
Universidad Complutense de Madrid  
anazolo@hotmail.com